

## Presentación

La influencia que la llamada “teoría historiográfica”, o “teoría histórica”, ejerce hoy entre los historiadores, o la curiosidad que despierta en ellos, se puede definir como una aproximación o acercamiento mutuo creciente pero todavía muy irregular. Que sea irregular no es nada extraño porque el terreno de la teoría ha ido adquiriendo en tiempos recientes un componente gremial estrechamente asociado a la cultura académica anglosajona, no solo altamente especializado, sino sobre todo poco sensible hacia otras producciones historiográficas y tradiciones académicas. Comentamos este tema en la introducción al número 13, a propósito del libro de Hermann Paul, *Key Issues in Historical Theory*, un libro que recomendábamos encarecidamente y del que publicamos una reseña, sobre su versión en español, de nuestro colaborador Miguel Ángel Sanz Loroño. En todo caso, no se puede negar que se viene produciendo una aproximación entre teóricos e historiadores en tiempos recientes. En *Historiografías* hemos publicado artículos pertenecientes a este campo en al menos la mitad de los números editados, y reseñas de libros sobre el tema en prácticamente todas las entregas.

En realidad, ambos dominios, la teoría y los estudios históricos, nunca han estado totalmente comunicados. Los historiadores, desde que consolidan su disciplina a finales del siglo XIX, siempre se han interesado por las bases intelectuales que sirven para cimentar sus métodos, esto es, los conceptos historiográficos y los préstamos de otras disciplinas. Y el cómo operan esos conceptos, y cuál su valor de conocimiento construido, han sido, igualmente desde entonces, el objeto del interés de una serie de estudiosos procedentes de la filosofía, la sociología, la historia intelectual y la semiótica, quienes han reivindicado su estudio específico. A finales del siglo XIX y comienzos del XX tuvo lugar un interesante debate historiográfico sobre “el carácter científico de la historia”, del que se hicieron eco los primeros Congresos Internacionales de Ciencias Históricas, que se iniciaban por aquel entonces, y un puñado de inquietos historiadores. Y ya en plena guerra mundial, en 1916, el filósofo e historiador Benedetto Croce puso el acento en cuáles debían ser las tareas de la teoría historiográfica: “la filosofía no puede ser (...) otra cosa –escribió– que el momento metodológico de la historiografía: dilucidación de las categorías constitutivas de los juicios históricos, o sea de los conceptos directivos de la interpretación histórica”.

Desde entonces la teoría historiográfica ha constituido un dominio cada vez más especializado, en ocasiones visitado por los historiadores, pero raramente debatido por ellos, hasta tiempos recientes. Estos últimos renovaron, como se sabe, la disciplina en las décadas centrales del siglo XX gracias al paradigma de la historia económica y social, alentados por un irrefrenable optimismo social y metodológico y con un marcado interés por las teorías sociales –sobre todo la marxista–. Este sentimiento comenzó a retroceder en la década de 1970 cuando la historiografía inició una reorientación hacia la historia cultural y otros paradigmas.

Sin embargo, hasta entonces los historiadores apenas habían necesitado indagar en la teoría historiográfica propiamente dicha. Les bastaba con constatar que el análisis del pasado es un conocimiento construido que requiere de conceptos específicos. Entre tanto, la propia teoría historiográfica había comenzado a experimentar un notable impulso y especialización en los años 1970 y 1980 debido a la influencia del llamado

“postestructuralismo”, que, como se sabe, se ha caracterizado por actualizar el problema de los modelos y discursos narrativos, y en general la llamada “escritura de la historia”. El término “giro” comenzó a utilizarse como el vocablo que mejor podía expresar esos cambios de la teoría, una expresión acaso demasiado grandilocuente. Ahora bien, más allá de la terminología, lo cierto es que el postestructuralismo estaba revelando un supuesto muy importante. Lo podríamos resumir de este modo: no basta con constatar que el historiador maneja conceptos dentro de un conocimiento construido; es necesario también examinar otros componentes “metahistóricos” o subyacentes que hacen posible esa conceptualización, tales como las narrativas, las memorias, los sentimientos, las temporalidades y los espacios. Esta constatación ha sido la que ha ayudado a la postre a dirigir la atención de los historiadores hacia los citados temas. También es cierto que la teoría historiográfica, desde los años 1970 para acá, no ha dejado de modernizarse e incorporar nuevos “temas históricos” que van más allá de lo discursivo o que amplían esta noción: las representaciones del tiempo, los espacios y los usos del pasado son probablemente sus manifestaciones más claras.

La mayoría de los trabajos que presentamos en el número 14 de *Historiografías* reflejan de algún modo ese proceso de aproximación a la teoría que hemos comentado.

La sección de Historia y Teoría se abre con un artículo del historiador español Rodrigo Escribano Roca, de la Universidad de Alcalá de Henares (España), “El siglo de los Giros. Modelos discursivos y post-discursivos en la teoría reciente de la historiografía”, que es un magnífico ejemplo del actual interés de los historiadores hacia la teoría. En él se hace un repaso por las corrientes de este dominio, que arrancan de finales de los años 1970 y llegan hasta la actualidad. En total ocho corrientes o “giros”, como les llama el autor, que van desde el llamado “giro lingüístico” y postestructuralismo hasta el reciente “giro ontológico”. Un útil y documentado estado de la cuestión que los profesores de esta disciplina y los historiadores en general agradecerán. Destaquemos que el objetivo del artículo es mostrar, que, pese a su diversidad –o acaso debido a ello ya que, como dice el autor, ninguna corriente prevalece sobre las otras–, existen más convergencias y compatibilidades entre todas ellas de lo que puede pensarse.

El texto de Rodrigo Escribano deja paso al estudio del profesor mexicano J. Adrián Tolentino García, de la Universidad Iberoamericana (México), “La observación del anacronismo: una llave para la ética historiadora”. El anacronismo en el relato histórico, esto es, la tendencia a “modernizar el pasado” –la expresión es nuestra– por razones políticas y culturales, es uno de los desafíos o problemas más importantes con los que se viene enfrentando la historiografía desde los siglos XVIII y XIX. Ya Voltaire apeló a la “verosimilitud” para expresar la opinión que le merecían las crónicas antiguas espurias, que se habían extendido como una mancha de aceite en la Europa de los siglos XVI y XVII. Y la moderna historia económica y social, en el siglo XX, reposa sobre la crítica a los anacronismos que introdujeron los historiadores del derecho entre los siglos XVI y XIX, y así sucesivamente. Solo los estudios recientes, basados en el interés por la teoría historiográfica, han comenzado a desvelar la multitud de caras que tiene este problema. El profesor Tolentino examina una de las más importantes como es el modo en que el anacronismo se relaciona con las temporalidades. El autor plantea una interesante casuística con la que pone el acento en uno de los rasgos de los actuales

estudios sobre el tema (Koselleck, Hartog, Schiffman...): la relación entre las categorías del presente, el pasado y el futuro. Para el autor, esa modernización del pasado se basa en una “relación multidireccional” –esto es, atañe a un pasado que se inventa desde un presente, y puede guardar relación, explícita o implícita, con un futuro imaginado que, a su vez, tiende a hacerse presente–. El artículo tiene además una segunda parte que todavía se relaciona más explícitamente con lo antes expuesto sobre la teoría historiográfica: el valor epistemológico y ético del estudio del problema del anacronismo. Para el autor, este tema es parte del “giro historiográfico” hacia la “reflexibilidad” que se produce en los años 1970.

El tercer artículo de *Historia y Teoría* pertenece a la profesora argentina María José Ortiz Borgía, “Huellas de la Historia para la historia. Fuentes en la historia social argentina reciente”. En él los lectores podrán observar de qué modo se han diversificado las fuentes, su uso e incluso su conceptualización, en el terreno de la historia social, entre los historiadores de este país. El análisis de revistas académicas publicadas desde los años 1990, pero sobre todo desde 2005, para observar la atención que estas prestan a las fuentes orales y judiciales y a las imágenes, da una idea muy clara de tales cambios. El lector también observará un detalle que nos interesa especialmente en esta presentación. El cómo insiste la autora en que los citados cambios son el resultado de un diálogo entre teoría e historia que se ha intensificado en tiempos recientes: “Esto es inteligible, señala, en el marco de las modificaciones introducidas en la disciplina por el impacto del giro cultural y giro lingüístico, que expandieron la gama de objetos de estudio, propusieron nuevas inquietudes epistemológicas respecto a la lógica de la demostración de la historia, y generaron la emergencia de innovaciones metodológicas”.

El último de los textos de la presente sección es un estudio de los profesores de la Universidad de Buenos Aires (Argentina), Valeria Caruso, Esteban Campos, Mariano Vigo y Omar Acha, titulado “Izquierda peronista, una categoría útil para el análisis histórico”. El texto tiene varias vertientes que no solo apreciará el especialista en el peronismo, sino también el interesado en las relaciones entre historia y teoría: en primer lugar, un estado de la cuestión; en segundo lugar, un intento de delimitar una categoría o fenómeno de “peronismo plebeyo” que nace de los propios actores históricos en los años 1950. El tercer aspecto del artículo entra en contacto con la teoría e intenta sistematizar un nuevo concepto historiográfico o, como reza el subtítulo del artículo, “una categoría útil para el análisis histórico”. Para entender su alcance conviene leer detenidamente las conclusiones del trabajo y el modo en el que los autores resucitan la diferencia que estableció el antropólogo de Oxford, Rodney Needham, entre conceptos “nomotéticos” y “politético”, los primeros capaces de describir la correspondencia entre un rasgo singular y una situación, que puede ser generalizada, y los segundos, como dicen los autores, “que requieren (...) de la interconexión entre aspectos y características de distinta naturaleza”. La “izquierda peronista”, en la medida en que refleja la compleja cultura política del fenómeno peronista, pertenecería a esta última categoría.

El apartado *Varia Historiográfica* trae dos estados de la cuestión sobre temas muy distintos. En “Historia global o las geografías del pasado. Implicaciones de la perspectiva global y geográfica en la escritura de la historia”, Francisco Javier Navarro Jiménez, de la Universidad Complutense de Madrid (España), reflexiona sobre el

concepto de historia global. En “La historiografía económica de encomiendas de las órdenes militares de Castilla durante los siglos XVI y XVII. Un balance bibliográfico (1975-2017)”, Héctor Linares González, de la Universidad Autónoma de Madrid (España) ofrece un elaborado estado de la cuestión sobre un aspecto de la institución de las Encomiendas castellanas: los estudios, y la evolución temática de los años 1980 para acá, dedicados a las Órdenes Militares de ese reino. Pese al volumen de bibliografía, como dice el autor, todavía existen numerosas preguntas sin respuesta en este tema.

La reflexión sobre la historia global merece un comentario aparte, con el que cerramos esta presentación. Historia global, como hemos escrito en la reseña del libro de Sebastian Conrad en este mismo número, es un término que se ha abierto camino en las dos últimas décadas y que parece resumir las orientaciones de la historiografía actual. Francisco Javier Navarro Jiménez realiza una aproximación al tema a través de a seis obras que han tratado o delimitado este terreno y sugiere algunos conceptos específicos. A través de ellas trae a discusión, básicamente, dos temas: el primero es la globalización entendida como concepto histórico, esto es, como “descripción de un determinado sistema dinámico” y no como “un concepto aplicado anacrónicamente”. En este apartado el autor insiste en el concepto de “ecúmene” y en la existencia de una “ecúmene euroasiática previa al mundo moderno”. El segundo tema gira en torno a la conocida “larga duración” braudeliana; en este caso, el uso de teorías de otras ciencias sociales y la necesidad de superar los peligros que rodean a esa forma de tiempo; por ejemplo, el eurocentrismo y el determinismo geográfico.

**Gonzalo Pasamar**

## **Presentation**

The influence exerted today among historians by so-called historiographical or historical theory, or the curiosity it arouses, may be defined as a mutual and increasing but still very irregular rapprochement. Being irregular is nothing strange because the field of theory has recently been acquiring a guild-like aspect with its close association with academic Anglo-Saxon culture, a highly specialized field but less sensitive to other historiographic productions and university traditions than one might expect. We discussed this situation in the introduction to issue 13, commenting on Hermann Paul’s essay, *Key Issues in Historical Theory*, a book that we strongly recommended and for which we published a review of the Spanish version, from our contributor Miguel Ángel Sanz Loroño. Whatever the current situation, it is hard to deny that a rapprochement between theoreticians and historians has been emerging in recent times. In *Historiografías*, we have published articles belonging to this field in at least 50% of our issues, as well as book reviews on the topic in practically every one.

In fact, both fields, theory and historical studies, have never been totally devoid of contact. Since the time when historians consolidated their discipline at the end of the 19<sup>th</sup> century, they have always been interested in the intellectual elements that provide the basis of historical methodology, that is, historiographic concepts and loans from

other disciplines. Since then, how those concepts operate and their value as constructed knowledge have been the object of study by a group of scholars coming from philosophy, sociology, intellectual history, and semiotics, who soon vindicated their specific inquiry. In this respect, at the end of the 19<sup>th</sup> and early 20<sup>th</sup> century there was a meaningful historical debate on “the scientific nature of history”, which was echoed by the first International Congresses of Historical Sciences, created at that time, along with a handful of restless historians. By the period of the First World War, in 1916, the philosopher and historian Benedetto Croce had established what the tasks of historical theory were expected to be: “philosophy of history cannot be (...) – he wrote – but the methodological moment of historiography; elucidation of categories that are constituent of historical judgement, that is, the concepts which guide historical interpretation.”

Since then, historical theory has become a more and more specialized domain, at times visited by historians but rarely discussed by them – until recent times. As is well known, they transformed the discipline during the mid- 20<sup>th</sup> century thanks to a paradigm of economic and social history, encouraged by an unstoppable social and methodological optimism with a widespread interest in social theories, especially the Marxist theory. This sentiment started to wane in importance during the 1970s when historiography was reoriented towards cultural history and other paradigms.

Nevertheless, historians had hardly needed to delve into historical theory proper until recently. It was enough for them to note that the analysis of the past is a constructed knowledge which requires the application of specific concepts. Meanwhile the field started to suffer a remarkable boost and specialization during the 1970s and 1980s because of the influence of so-called poststructuralism, whose main purpose and result was to update the problem of models and narrative discourses and the so-called writing of history. The term “turn” began to be used as the word to better express this kind of shift within the field of theory – an expression perhaps too grandiloquent. However, beyond terminology, it is true that poststructuralism was an indication of a very important assumption. We may summarize it thus: it is not enough to accept that historical interpretation uses concepts as a constructed knowledge as is recognized; there is also a need to examine other “metahistorical” or undermining aspects which make that conceptualization possible, such as narratives, memories, feelings, temporalities, and spaces, too. This premise has helped historians to eventually look into these topics. And it is also true that historical theory from the 1970s onwards has not ceased in its quest to update and to introduce new historical themes, which surpass or broaden the idea of discursive notions: time representations, spaces and uses of the past are perhaps its most apparent manifestations.

Most of the articles appearing in issue number 14 of *Historiografías* mirror in one way or another the aforesaid mutual process of approximation between history and theory.

The Section of Historia y Teoría opens with the article by the Spanish historian, Rodrigo Escribano Roca, from the University of Alcalá de Henares (Spain), “The Century of Turns: Discursive and Post-Discursive Models in Recent Historiographical Theory”. This is an excellent example of what has been commented on so far: the recent interest historians have afforded to theory. The author offers a synthesis and well-

informed review of trends in this field, paths that emerged at the end of the 1970s and stretching over time until today. There are eight trends or “turns” – as the author calls them – altogether, ranging from the “linguistic turn” and “poststructuralism” to the new “ontological turn”. In this way, this is a useful analysis of the “state of the art” that professors of this discipline and historians in general will appreciate. It is also interesting to highlight the fact that the purpose of the article is to prove that, despite their diversity – or possibly because of it as the author says that no one trend prevails over the others – there are more convergences and similarities between them than might be imagined.

Rodrigo Escribano’s text paves the way for the study by Mexican professor J. Adrián Tolentino García, from the Iberoamericana University (Mexico), entitled “The Observation of Anachronism: A Key to Historian Ethics”. The anachronism in historical account, that is, the tendency to “modernize the past” (the expression is ours) for political and cultural reasons, is one of the most important challenges or problems that historiography has faced since the 18<sup>th</sup> and 19<sup>th</sup> centuries. Voltaire resorted to so-called “authenticity” to express his opinion on fake ancient chronicles, which had spread like wildfire in Europe during the 16<sup>th</sup> and 17<sup>th</sup> centuries. And modern economic and social history during the 20<sup>th</sup> century was based on criticisms of anachronisms by historians of law between the 16<sup>th</sup> and the 19<sup>th</sup> centuries, and so forth. But only recent studies, underpinned by interest in historical theory, have begun to reveal the multiple facets that this problem presents. Professor Tolentino examines one of its most significant, such as the way in which anachronism is associated with temporalities. The author establishes an interesting casuistry to emphasize one of the features in current studies in this field (Koselleck, Hartog, Schiffman, etc.): its relationship to the categories of present, past and future. For the author, modernization of the past is based on a “multi-directional relation” – that is, concerned with an invented past from the perspective of the present, and maintaining relations, either explicitly or implicitly, with an imagined future which, in turn, tends to become the present. The article’s second part is even more eloquent and bound to the field of historical theory: the epistemological and ethical importance of the study of anachronism. For the author this topic is part of a “historiographical turn” towards “reflectivity” coming about during the 1970s.

The third article of *Historia y Teoría* belongs to the Argentine Professor María José Ortiz Borgia, “Traces of History for History. Sources in Recent Argentinian Social History”. In this historiographical work, scholars will observe in what way sources have diversified, and how their uses and even their conceptualization have changed among Argentinian historians today in the field of social history. The analysis of academic journals published since the 1990s, but particularly since 2005, in observing the attention they pay to oral and judicial sources and images, gives a very clear idea of such changes. The reader will also notice a detail which especially concerns this presentation. As the author insists, this kind of shift stems from a dialogue between theory and history which has recently increased: “This is understood, Ortiz asserts, within the modifications that have taken place within the discipline because of the impact of cultural and linguistic turn, which extended the range of objects of study, propounding new epistemological curiosities related to the logic of demonstration in history and generating new methodologic innovations.”

The last of the texts in *Historia y Teoría* is a study by professors of the University of Buenos Aires (Argentina) Valeria Caruso, Esteban Campos, Mariano Vigo, and Omar Acha, entitled “Peronist Left: A Useful Category for Historical Analysis.” The article presents several aspects that experts in Peronism and those interested in the relationships between history and theory will value: first, the article describes the state of the art with regard to this topic; second, it also constitutes an attempt to single out a category or phenomenon of “plebeian Peronism”, which stemmed from the historical actors themselves from the 1950s onwards. The third aspect links up with theory and tries to systematize a new historiographic concept or, as the subtitle says, “a useful category for historical analysis.” To understand its significance, it is very important to carefully read its conclusions and the way the authors resurrect the difference established by the anthropologist from Oxford, Rodney Needham, between “nomothetic” and “polythetic” concepts, the first of which describe the correspondence between a singular feature and a situation (which can be generalized), while the latter require “the interconnection between aspects and characteristics of different nature.” As the “Peronist left” reflects the complex political culture of Peronism, the concept would belong to this category.

The Section *Varia Historiográfica* provides two states of the art on very different issues. In “Global History or the Geographies of the Past: Implications of a Global and Geographical Perspective in the Writing of History”, Francisco Javier Navarro Jiménez, from the Universidad Complutense of Madrid (Spain), reflects upon the concept of global history. In “The Economic Historiography of the Commanderies of the Castilian Military Orders During the 16<sup>th</sup> and the 17<sup>th</sup> Centuries: A Bibliographical Approach (1975-2017)”, Héctor Linares González, from the Universidad Autónoma of Madrid (Spain), offers an exhaustive overview on an essential aspect of the institution of Castilian Commanderies: the studies and evolution of topics from the 1980s onwards, devoted to Military Orders in that kingdom. Despite the bibliographic volume, as the author says, there are still numerous questions that have yet to be answered in this inquiry.

The reflection on the so-called global history, which ends this presentation, deserves comment. As we have written on Sebastian Conrad’s book review in this issue, this is a term which has paved the way in the last two decades and seems to summarize the orientations on current historiography. Francisco Javier Navarro Jiménez presents an overview of it through the examination of six works, which have discussed or delimited this field, and suggests some specific concepts. Through these books he discusses two topics: the first is the globalization understood as a historical concept, that is, the globalization as a “description of a particular dynamic system” and not as a notion from the present “applied in an anachronistic way”. In this part the author insists on the idea of “ecumene” and on the existence of a “Euro Asiatic ecumene prior to the modern world”. The second topic hinges on the well-known braudelian “longue durée”, in this case, the use of theories from other social sciences and the need to overcome the dangers that surround that form of time; for example, eurocentrism and geographical determinism.

**Gonzalo Pasamar**

## Présentation

L'influence que la dénommée "théorie de l'histoire" ou "théorie historique" exerce actuellement sur les historiens, ou la curiosité qu'elle éveille en eux, peut être définie comme un rapprochement de plus en plus étroit mais toujours très irrégulier. Que tel soit le cas n'a rien d'étonnant parce que le terrain de la théorie a acquis ces derniers temps une dimension corporatiste étroitement associée à la culture universitaire anglo-saxonne, non seulement hautement spécialisée, mais surtout peu sensible envers d'autres productions historiographiques ou autres traditions universitaires. Nous avons parlé de ce sujet dans l'introduction au numéro 13, à propos du livre d'Hermann Paul, *Key Issues in Historical Theory*, un livre que nous recommandons chaudement et dont nous avons publié un compte rendu de la version espagnole, de notre collaborateur Miguel Angel Sanz Lorenzo. Il n'en reste pas moins que ces derniers temps, le rapprochement entre théoriciens et historiens est incontestable.

En réalité, ces deux domaines, la théorie et les études historiques n'ont jamais été totalement étanches. Les historiens, depuis la consolidation de leur discipline à la fin du XIX<sup>e</sup> siècle, ont toujours montré un intérêt pour les bases intellectuelles qui fondent leurs méthodes, à savoir les concepts historiographiques et les emprunts aux autres disciplines. Et la manière dont ces concepts opèrent, leur valeur de connaissance élaborée, ont été, depuis cette époque, objet d'intérêt d'une série de chercheurs venant de la philosophie, de la sociologie, de l'histoire intellectuelle et de la sémiotique, qui en ont revendiqué l'étude spécifique. À la fin du XIX<sup>e</sup> et au début du XX<sup>e</sup> siècle s'est tenu un intéressant débat historiographique sur le "caractère scientifique de l'histoire", dont se firent l'écho les premiers congrès internationaux de sciences historiques et une poignée d'historiens curieux. Et en pleine guerre mondiale, en 1916, le philosophe et historien Benedetto Croce avait mis l'accent sur ce que devaient être les tâches de la théorie de l'histoire: "la philosophie ne peut être autre chose (...) que le moment méthodologique de l'historiographie: élucidation des catégories constitutives des jugements historiques, c'est-à-dire des concepts directeurs de l'interprétation historique".

Depuis lors, la théorie de l'histoire est devenue un domaine de plus en plus spécialisé, parfois visité par les historiens, mais rarement mis en débat par eux jusqu'à une période récente. Comme on le sait, ces derniers ont renouvelé la discipline lors des décennies du milieu du XX<sup>e</sup> siècle grâce au modèle de l'histoire économique et sociale, encouragés alors par un irrépressible optimisme social et méthodologique et montrant un intérêt marqué pour les théories sociales – surtout le marxisme. Ce sentiment a commencé à reculer dans la décennie des années soixante-dix, lorsque l'historiographie a entrepris une réorientation vers l'histoire culturelle et d'autres modèles.

Cependant, jusqu'alors les historiens avaient à peine eu besoin de creuser la théorie de l'histoire proprement dite. Il leur suffisait de constater que l'analyse du passé est une connaissance construite qui requiert des concepts spécifiques. Pendant ce temps, la théorie de l'histoire elle-même avait commencé à connaître un élan et une spécialisation remarquables dans les années 70 et 80, du fait de l'influence du dénommé post-structuralisme qui, comme on sait, s'est caractérisé par l'actualisation du problème des modèles et discours narratifs, et en général de ce que l'on appelle "l'écriture de



l'histoire". Le terme "tournant" a commencé à être utilisé comme le vocable qui pouvait le mieux exprimer ces changements de la théorie, expression peut-être trop grandiloquente. Ceci dit, au-delà de la terminologie, il est incontestable que le post-structuralisme révélait un attendu très important, que l'on pourrait résumer en ces termes : il ne suffit pas de constater que l'historien manie des concepts dans le cadre d'une connaissance construite ; il est nécessaire aussi d'examiner d'autres composantes "méta-historiques" ou sous-jacentes qui rendent possible cette conceptualisation, comme les récits, les mémoires, les sentiments, les temporalités et les espaces. Cette constatation a, *in fine*, aidé à orienter l'attention des historiens vers les thèmes cités. Il est aussi vrai que la théorie de l'histoire, depuis les années soixante-dix, n'a cessé de se moderniser et d'incorporer de nouveaux "thèmes historiques" qui dépassent le discursif ou qui élargissent cette notion : les représentations du temps, les espaces et les usages du passé en sont probablement les manifestations les plus claires.

La majorité des travaux que nous présentons dans le numéro 14 de *Historiografías* sont un reflet de ce rapprochement entre histoire et théorie de l'histoire dont nous venons de parler.

La section "Histoire et théorie" s'ouvre sur un article de l'historien espagnol Rodrigo Escribano Roca, de l'Université d'Alcalá de Henarès (Espagne), "Le siècle des tournants. Modèle discursifs et post-discursifs dans la récente théorie de l'histoire", magnifique exemple de l'intérêt actuel des historiens pour la théorie. Y sont passés en revue les courants de ce champ, qui démarrent à la fin des années soixante-dix pour arriver à l'actualité. En tout, ce sont huit courants ou tournants, comme les appelle l'auteur, qui vont du *linguistic turn* et post-structuralisme au tournant ontologique. Un état de la question utile et bien étayé que les professeurs de cette discipline et historiens en général apprécieront. Remarquons que l'objectif de l'article est de montrer que, en dépit de leur diversité – ou peut-être du fait de, puisque, comme le dit l'auteur, aucun courant ne prévaut sur les autres – il existe entre tous ces courants plus de convergences et de compatibilités qu'on ne peut le penser.

Le texte de Rodrigo Escribano laisse la place à l'étude du professeur mexicain J. Adrián Tolentino Garcia, de l'Université Ibéro-américaine (Mexique), "L'observation de l'anachronisme : une clé pour l'éthique historienne". L'anachronisme dans le récit historique, c'est-à-dire la tendance à "moderniser le passé" – c'est nous qui écrivons – pour des raisons politiques et culturelles, est l'un des défis ou problèmes les plus importants qu'affronte l'historiographie depuis les XVIII<sup>e</sup> et XIX<sup>e</sup> siècles. Voltaire, déjà, avait appelé au "vraisemblable" pour exprimer l'opinion que méritaient à ses yeux les anciennes chroniques contrefaites, qui s'étaient diffusées comme une tâche d'huile dans l'Europe des XVI<sup>e</sup> et XVII<sup>e</sup> siècles. Et l'histoire économique et sociale moderne, au XX<sup>e</sup> siècle, repose sur la critique des anachronismes qu'ont introduits les historiens du droit entre le XVI<sup>e</sup> et le XIX<sup>e</sup> siècle, et ainsi de suite. Seules les études récentes, fondées sur l'intérêt pour la théorie de l'histoire, ont commencé à dévoiler les multiples facettes que présente ce problème. Le professeur Tolentino en examine l'une des plus importantes, qui est la façon dont l'anachronisme est relié aux temporalités. L'auteur pose une intéressante étude de cas qui lui permet de mettre l'accent sur l'un des traits des études actuelles sur la question (Koselleck, Hartog, Schiffman...): la relation entre les catégories de présent, passé et futur. Pour l'auteur, cette modernisation du passé

repose sur une “relation multidirectionnelle” – c’est-à-dire qu’elle concerne un passé qui est inventé depuis un présent et qui peut entretenir un lien, explicite ou implicite, avec un futur imaginé qui, à son tour, tend à se faire présent. L’article comporte en outre une seconde partie qui est encore plus en prise avec ce que nous avons exposé à propos de la théorie de l’histoire : la valeur épistémologique et éthique de l’étude du problème de l’anachronisme. Pour l’auteur, cette question fait partie du “renversement historiographique” vers la “réflexibilité” qui se produit dans les années soixante-dix.

Le troisième article de la section “Histoire et théorie” revient à la professeure argentine Maria José Ortiz Borgia, “Traces de l’Histoire pour l’histoire. Sources dans l’histoire sociale argentine récente”. Les lecteurs pourront y observer de quelle manière se sont diversifiées les sources, leur usage et même leur conceptualisation, sur le terrain de l’histoire sociale, chez les historiens de ce pays. L’analyse des revues universitaires publiées depuis les années 1990, mais surtout depuis 2005, afin d’observer l’attention prêtée aux sources orales, judiciaires, et aux images, donne une idée très claire de ces changements. Le lecteur observera aussi un détail qui nous intéresse tout spécialement dans cette présentation : l’auteure insiste sur le fait que de tels changements sont le résultat d’un dialogue entre théorie et histoire qui s’est modifié ces derniers temps : “tout cela est intelligible, signale-t-elle, dans le cadre des modifications introduites dans la discipline par l’impact du tournant culturel et du *linguistic turn*, qui diversifièrent la gamme des objets d’études, proposèrent de nouveaux questionnements épistémologiques par rapport à la logique de la démonstration de l’histoire, et générèrent l’émergence d’innovations méthodologiques”.

Le dernier des textes de cette section est une étude des professeurs de l’Université de Buenos Aires, Valeria Caruso, Esteban Campos, Mariano Vigo et Omar Acha, intitulé “Gauche péroniste, une catégorie utile pour l’analyse historique”. Le texte présente plusieurs versants, que le spécialiste du péronisme ne sera pas seul à apprécier, le curieux des rapports entre histoire et théorie y trouvera son compte : en premier lieu, il propose un état de la question ; en second lieu, un essai de délimitation d’une catégorie ou phénomène du “péronisme plébéien” qui naît des acteurs historiques eux-mêmes pendant les années cinquante. Le troisième aspect de l’article se frotte à la théorie et tente de systématiser un nouveau concept historiographique ou, comme le dit le sous-titre de l’article, “une catégorie utile pour l’analyse historique”. Pour en comprendre la portée, il convient de lire soigneusement les conclusions du travail pour voir la manière dont les auteurs ressuscitent la différence établie par l’anthropologue d’Oxford, Rodney Needham, entre concepts “nomothétiques” et “polythétiques”, les premiers étant capables de décrire la correspondance entre un trait singulier et une situation, qui peut être généralisée, tandis que les seconds, comme le disent les auteurs, “requièrent l’interconnexion entre aspects et caractéristiques de nature distincte”. Le concept de “gauche péroniste”, dans la mesure où elle reflète la complexité de la culture politique du phénomène péroniste, appartiendrait à cette dernière catégorie.

La section “Varia historiographique” fournit deux états de la question sur des sujets très différents. Dans “Histoire globale ou les géographies du passé. Implications de la perspective globale et géographique dans l’écriture de l’histoire”, Francisco Javier Navarro Jiménez, de l’Université Complutense de Madrid (Espagne) réfléchit sur le concept d’histoire globale. Dans “L’historiographie économique des *encomiendas* des

ordres militaires de Castille aux XVI<sup>e</sup> et XVII<sup>e</sup> siècles. Un bilan bibliographique (1975-2017)”, Héctor Linares Gonzalez, de l’Université Autonome de Madrid, offre un état de la question élaboré sur un aspect de l’institution des *encomiendas* castillanes: les études, et l’évolution thématique depuis les années 1980, consacrées aux ordres militaires de ce royaume.

La réflexion sur l’histoire globale mérite un commentaire à part, qui ferme notre présentation. Le terme “histoire globale”, comme nous l’avons écrit dans le compte rendu du livre de Sebastian Conrad dans ce même numéro, s’est frayé un chemin ces deux dernières décennies et semble résumer les orientations de l’historiographie actuelle. Francisco Javier Navarro Jiménez appréhende cette question à travers six œuvres qui ont traité ou délimité ce terrain pour suggérer quelques concepts spécifiques et qui lui permettent de mettre deux questions fondamentales en débat : la première est la “globalisation” entendue comme concept historique, c’est-à-dire comme “description d’un système dynamique déterminé” et non comme “concept appliqué anachroniquement”. Dans cette partie, l’auteur insiste sur le concept d’“écoumène” et sur l’existence d’une “écoumène eurasiatique précédant le monde moderne”. La seconde tourne autour de la “longue durée” braudélienne; pour ce cas, l’utilisation de théories empruntées à d’autres sciences sociales et la nécessité de dépasser les dangers qui entourent cette forme temporelle; par exemple, l’eurocentrisme et le déterminisme géographique.

**Gonzalo Pasamar**